

DISEÑADOS PARA DIGNIDAD

Richard L. Pratt, Jr.

PREFACIO

Este libro trata del hombre: usted, yo y los billones de seres humanos con quienes compartimos este planeta. Este tema nos suena familiar a todos. Vivimos nuestra propia vida e interactuamos con otros cada día. Al relacionarnos con las personas, esperamos entendernos mejor mutuamente. Por lo menos, debemos tener un firme concepto de nosotros mismos como individuos. Pero cuando lo intentamos, estas misteriosas criaturas conocidas como Homo-Sapiens todavía nos confunden.

No soy psicólogo, sociólogo ni antropólogo y no pretendo serlo al escribir este libro. Si algo, soy un estudiante de teología, específicamente teología del Antiguo Testamento. Esto me sitúa en una notable desventaja porque estas ciencias de la conducta ofrecen perspectivas indispensables para la humanidad. Sin embargo, mi interés en el Antiguo Testamento también me ofrece ventaja. Todo el Antiguo Testamento desde Génesis hasta Malaquías, y la Biblia en general, muestra un claro interés en lo que significa ser un ser humano.

Esto puede parecer un poco extraño. Normalmente pensamos en la Biblia como un libro acerca de Dios, no acerca del hombre. Pero en realidad la Escritura habla de ambos. De hecho, las enseñanzas bíblicas acerca de Dios y del hombre están tan relacionadas entre sí que no podemos entender una sin la otra. Mientras más aprendemos de Dios, más conocemos acerca de nosotros mismos. De la misma manera, mientras más nos conocemos a nosotros mismos, más aprendemos acerca de Dios. Los escritores bíblicos entendieron muy bien esto y por ello escribieron de ambos, de Dios y de la raza humana.

Este asunto me empezó a intrigar desde hace unos cinco años aproximadamente. En aquel punto de mi vida, había terminado mi educación formal y me había enfrentado a la cruda realidad de que ya no podía pensar más en mi vida como algo para lo que aún me estaba preparando. Estaba establecido en un trabajo; mi familia no crecería más y me estaba acercando rápidamente a la edad madura. "Esta es mi vida" finalmente admití. Pero este pensamiento no me hacía completamente feliz. "Si esto es todo lo que es . . ." Así que empecé a buscar por una perspectiva en mi vida que fuera más allá de aquellos valores cristianos que yo conocía muy bien. Anhelaba un entendimiento más satisfactorio del porqué estaba en esta tierra.

Había conversado con diferentes grupos cristianos y parecía ser que mucha gente enfrentaba este mismo problema. Algunas veces se manifiesta por algún tipo de crisis: divorcio, alguna enfermedad que debilita, la muerte de un ser querido. ¿Cuál es el propósito de todo esto? Sin embargo, muchos de nosotros tratamos de mantener el asunto en un plano secundario, pero aún esto va consumiendo lentamente la alegría de la vida. Nos hallamos inexplicablemente insatisfechos y anhelamos algo más. Cualquiera que sea su situación, Dios quiere que se haga preguntas cruciales respecto a usted mismo. ¿Quién es usted? ¿Cuál es la razón de su existencia? El quiere que usted reflexione en lo que significa ser un ser humano.

Este libro trata sobre tres asuntos básicos. ¿Cómo nos hizo Dios en el principio? ¿Qué hemos hecho de nosotros? ¿Qué es lo que Dios ha hecho posible que seamos? No puedo pensar en otras preguntas más importantes. Están en el centro de nuestras esperanzas y nuestros sueños. Ellas dan forma a todo lo que hacemos.

En pocas palabras, la respuesta de este libro es que usted y yo hemos sido *diseñados para dignidad*. Cada capítulo desarrolla cierto aspecto de este tema. No espere encontrar las claves mágicas que resolverán todos sus problemas. La dignidad de la existencia humana siempre permanece siendo algo misterioso. Ciertamente no he descubierto todas las respuestas, pero he hallado pequeños anticipos de dignidad siguiendo las instrucciones que señalo en este libro.

Conforme lea estos capítulos, espero también que encuentre caminos en los cuales pueda seguir adelante en el conocimiento de usted mismo, de la gente que le rodea y del Dios quien le diseñó para dignidad.

CAPITULO 1 ENCONTRANDO UNA AUTOIMAGEN

Hace algunos años me encontré un artículo en el periódico titulado "La ironía de ser humano." La columna informaba dos eventos que recuerdo claramente hasta la fecha.

En la primera historia, una mujer joven estaba sentada sola en el cuarto de su hotel. Ella había abandonado a su esposo y a sus dos hijos para vivir con otro hombre; pero esa misma noche su nuevo compañero la había abandonado. Todo estaba perdido: su esposo, sus hijos y ahora su amante. En un momento de absoluta desesperación, colocó en su boca una pistola calibre 38 y tiró del gatillo. Los policías encontraron una nota de desesperación que había dejado sobre la mesa: "No lloren por mí" decía aquel papel arrugado, "Ahora no soy ni siquiera un ser humano."

Otro evento ocurrió esa misma noche en el mismo hotel sólo unos pisos abajo. Los partidarios del movimiento de la Nueva Era celebraban una convención. Después de varios conmovedores discursos, un famoso personaje llevó a la multitud a decir al unísono: "¡Soy dios! ¡Soy dios! ¡Soy dios!"

"La ironía del ser humano," concluía el artículo, "es que la gente al mismo tiempo y en el mismo lugar puede tener un punto de vista muy contradictorio de ellos mismos."

El columnista estaba en lo cierto. Estos eventos ilustran dramáticamente una de las más grandes ironías de la existencia humana. No sabemos qué pensar de nosotros mismos. Algunos de nosotros nos sentimos tan insignificantes que difícilmente podemos vivir un minuto más. Otros se dan tanta importancia que levantan las manos en alabanza a su propia divinidad. Unos dicen, "no soy nada." Y otros dicen "soy un dios." ¿Cuál es la verdad?, ¿Qué significa ser humano?

En este libro, exploraremos lo que significa ser un ser humano. Comenzaremos por mirarnos a nosotros mismos en un espejo. ¿Podemos encontrar una verdadera autoimagen en este mundo de confusión? ¿Cómo debemos mirarnos?

UNA IMAGEN EQUILIBRADA

Ir a los extremos es natural. Lo hacemos en casi todas las áreas de nuestras vidas. Comemos demasiado, o bien, exageramos en una dieta. Estamos sentados sin hacer nada, o esforzamos nuestras espaldas alzando cargas pesadas. Dejamos a los niños hacer lo que quieran, o reprimimos sus espíritus.

Como el artículo del periódico nos mostró, también nos excedemos en la forma de mirarnos a nosotros mismos. Todos experimentamos lo bueno y lo malo en nuestras vidas; nos gustan ciertas cosas de nosotros mismos pero otras no. La mayoría de las veces, nos es muy difícil mantener una autoimagen equilibrada. Cuando nos concentramos en los aspectos negativos de nuestras vidas, acabamos por odiarnos. Cuando nos concentramos en nuestro lado positivo, nos llenamos de arrogancia. Algunos llegan al punto desesperante del suicidio; otros abiertamente se alaban a sí mismos. Pero en una forma u otra, todos tendemos a considerar nuestra autoimagen ya sea minimizándola o bien, engrandeciéndola. En algunos casos, inclusive vamos en ambas direcciones al mismo tiempo.

¿Es posible obtener una apreciación balanceada de nuestras vidas?, ¿Podemos confiar en nuestro valor personal sin caer en la arrogancia? ¿Podemos ser humildes sin perder el sentido de nuestra dignidad? Debemos encontrar la manera de mirarnos a nosotros mismos sin caer en los

extremos. La única manera de encontrar una autoimagen balanceada es acudiendo a la revelación de Aquel quien nos hizo. Debemos mirarnos en el espejo de la Escritura.

En años recientes, los anunciantes han aconsejado a los consumidores a leer las etiquetas. Su mensaje me ha llegado. Yo iba a la tienda y simplemente compraba jugo de naranja; ahora me fijo bien en las etiquetas para saber de los aditivos y preservativos. Anteriormente, sólo compraba papas fritas, ahora me fijo en la cantidad de grasa y sodio que contiene cada paquete. Es una molestia, pero las etiquetas dicen mucho del contenido de lo que hay en los empaques.

En el primer capítulo de la Escritura, Dios puso una etiqueta sobre la raza humana. Si miramos cuidadosamente esta etiqueta podremos aprender mucho acerca de nosotros mismos. Moisés relató las primeras palabras de Dios acerca del ser humano en la siguiente manera:

Hagamos al hombre *a nuestra imagen*, conforme a nuestra semejanza, y señoree en los peces del mar y en las aves de los cielos, en las bestias en toda la tierra y en todo animal que se arrastra sobre la tierra (Gn. 1:26, énfasis añadido). Desde el principio, nuestro Creador nos dio una etiqueta importante. Él nos llamó la *imagen de Dios*.

Los cristianos frecuentemente se refieren a las personas como imágenes de Dios. Usamos este término como si todo el mundo lo entendiese, pero la mayoría de nosotros tenemos una idea vaga de lo que realmente significa. Sabemos que nuestra etiqueta nos distingue de las otras criaturas. Suponemos que esto es bueno. Pero, ¿qué es lo que nos dice exactamente acerca de nosotros mismos?

La etiqueta que Dios nos dio a usted y a mí, tiene muchos aspectos y los exploraremos en este libro. Sin embargo, por ahora vamos a enfocarnos en el punto de vista equilibrado que nuestra etiqueta nos ofrece. Nos muestra las dos caras de la existencia humana: nuestra humildad y nuestra dignidad. Somos humildes *imágenes* de Dios, pero también somos imágenes *de Dios* dignificadas. Para tener una perspectiva equilibrada del ser humano, debemos entender los dos lados de la etiqueta que Dios nos ha dado.

IMAGENES HUMILDES

La palabra *imagen* dirige la atención hacia nuestro estado de humildad. En el mundo del Antiguo Testamento, este término se refería generalmente a una estatua o a una figura: una representación tridimensional de una persona o cosa. Teniendo en cuenta este uso, entendemos claramente lo que Dios quiso decir cuando llamó a Adán y a Eva su imagen. Eran finitos, una representación física de su Creador. Por más asombrosa que esta descripción pueda ser, no podemos pasar por alto como ésta revela nuestra humildad. Somos imágenes de Dios, pero esto es todo lo que somos: imágenes.

En estos días, una vieja mentira se ha hecho popular nuevamente. De una manera u otra, muchos grupos están enseñando que los seres humanos somos divinos. Somos una extensión del Creador y tenemos el potencial para ser dioses nosotros mismos. A su manera, el humanismo secular ha llevado al hombre a ocupar el lugar de Dios. El Marxismo ha hecho lo mismo. Algunos cultos religiosos comparten las mismas ideas. En años recientes la influencia de las religiones orientales en occidente, ha popularizado más el hablar sobre la divinidad humana.

Estas ideas nos están invadiendo pero hay algo que permanece claro. La Biblia insiste en que nosotros no somos dioses; sólo somos imágenes de Dios. No somos iguales a nuestro Creador; no tenemos ni una chispa de divinidad. Somos solamente criaturas que reflejamos a nuestro Creador.

Nuestra humildad como criaturas viene a ser más evidente cuando consideramos la clase de material que Dios usó para hacernos a su imagen. En el mundo antiguo era muy común el uso de una gran variedad de imágenes. Los arqueólogos han encontrado sorprendentes estatuas de piedras y de metales preciosos, pero también de simple arcilla. ¿Fueron los primeros humanos hechos de algo común o de algo especial? ¿Qué clase de imágenes somos? Cuando Dios formó a Adán no usó plata, oro, diamantes o rubíes. Adán, vino de la tierra ordinaria: "Jehová Dios formó al hombre del *polvo de la tierra*" (Gn. 2:7, énfasis añadido). El primer hombre no fue una esplendorosa imagen de diamante; no fue formado de metales preciosos. Era una figura de arcilla.

Para captar bien la importancia de esta descripción de la humanidad, tenemos que reconocer cuán marcado contraste existe entre ella y los puntos de vista ampliamente aceptados en los días cuando Moisés escribió el Génesis. Moisés había sido entrenado en las cortes de Egipto para clasificar a la humanidad en una jerarquía de clases. Los plebeyos formaban la base de la escalera y los reyes gobernaban en la cima. Este esquema, que reflejaba algo más que la división conveniente de grupos socioeconómicos, provenía de las creencias egipcias acerca de la raza humana. La gente común estaba en la escala más baja porque eran apenas algo más que arcilla; los faraones prevalecían sobre los otros grupos porque eran divinos. Es decir, algunas personas eran criaturas humildes, y otros, eran todo excepto humildes. Moisés se opuso a estos falsos puntos de vista tal como lo escribió en el libro de Génesis. Él declaró a Israel que todos los hombres provienen de imágenes de arcilla. Desde el más grande hasta el más insignificante, todos provienen del polvo de la tierra.

Ahora es difícil negar que los seres humanos son sólo polvo. La enfermedad y la muerte nos han hecho efímeros. Hoy estamos y mañana no somos. Pero debemos recordar que Moisés no estaba escribiendo acerca del pecado o gente en sufrimiento. A estas alturas en Génesis, Adán era un hombre perfecto, sin corrupción. No obstante, aún en ausencia de pecado y muerte, Adán y Eva eran simplemente arcilla.

Si nuestros padres siendo perfectos fueron criaturas tan humildes ¡Cuánto más nosotros! ¿Puede haber alguna duda de que sólo somos criaturas finitas? Esta verdad es tan obvia y sin embargo muchos huyen de ella. Ellos se engañan a sí mismos con fantasías de grandeza y se esconden de la descripción bíblica del aspecto humilde del humano tanto como pueden.

Cuando estaba en la Universidad, un compañero de clase me habló de su primer día como estudiante. En la primera conferencia del año escolar, su instructor explicó porqué él era maestro. "La educación de las artes liberales es liberación," dijo. "Estoy aquí para liberarles de las cadenas de superstición, religión y moralidad que sus padres les han inculcado . . . Estoy aquí para darles la libertad de hacer sus vidas a su propia manera, sin ser obstaculizada por sus padres ni intimidada por Dios . . . Los ayudaré a llegar a ser su propio dios."

Estas palabras horrorizaron a mi amigo. Nunca antes había escuchado hablar a alguien así. "¿Ser tu propio dios?" me preguntó. "Me preguntaba si todos mis maestros pensaban de la misma manera."

Tristemente, la meta de este profesor es compartida por muchos maestros de educación superior. Quizá no lo digan explícitamente pero ellos mismos se consideran como aquéllos que liberan a los jóvenes de los opresivos dogmas de Dios y la moralidad. Aconsejan a sus estudiantes a no someterse a los decretos del Creador sino a vivir sus propias vidas.

Podemos esperar esta clase de actitudes de los maestros Universitarios quienes se destacan por sostener puntos de vista radicales. Pero visite y observe cualquiera de los grandes centros de negocios y estará rodeado de un gran número de personas que actúan como si fuesen

dioses. Quizá no proclamen directamente sus intenciones, pero muchos de ellos creen que no existen restricciones morales aplicables a sus vidas. Ellos mienten y estafan para conseguir sus propósitos; pisan a sus competidores sin pensarlo dos veces. Como Gordon Gekko dijo en la película *Wall Street*, ". . . La codicia es buena."

Aún nosotros encontramos estas perspectivas dentro de nuestros amigos y familiares. Los racistas tratan a otros grupos como inferiores porque piensan que ellos están por encima de los demás. Las madres abortan a sus hijos porque éstos limitarían su libertad personal. Los adolescentes ignoran las necesidades financieras de sus padres por conseguir un mejor auto. Ya no es causa de vergüenza el dicho "Busca ser el primero;" ahora se considera de lo más común. Las personas que nos rodean se glorían sobre los otros. Sintiendo llenos de su propia importancia actúan como si fuesen dioses.

Mi familia y yo hemos visitado Cabo Cañaveral muchas veces. Hemos disfrutado de todas las exposiciones y los adelantos científicos. Siempre que visitamos el Centro Espacial, un tema claro y audible nos viene a la mente. "Hemos llegado muy lejos," dice el guía turístico "Hemos logrado mucho en los viajes espaciales. ¡El potencial es ilimitado!"

No hay duda; hemos recorrido un largo camino comparado con nuestras generaciones pasadas. El poder de los motores de los cohetes es asombroso. La base que sostiene el transbordador espacial es gigantesca. Las personas que hacen esto posible son dignas de admiración.

Aún así, estos hechos son insignificantes comparado con lo que no hemos podido hacer. Estábamos muy orgullosos cuando Neil Armstrong caminó sobre la luna y habló del "gran paso para el hombre." Pero ir a la luna, es como caminar a la próxima cuadra si lo comparamos con un viaje a cualquiera de los planetas. La luna es como una pequeña piedra comparada con la inmensidad del espacio que divide a las galaxias. Los avances en la exploración del espacio nunca deben convencernos de nuestra grandeza. Mientras más aprendemos del Universo, vemos más claro lo insignificante que somos y cuán poco hemos logrado.

Realmente, esto es cierto en todas las áreas de nuestra vida. Hemos sobrepasado a nuestros antepasados en muchos campos pero hemos dominado poco. Apenas tenemos un poco de conocimiento, un poco de poder y un poco de sabiduría. ¿Por Qué? Moisés lo explicó hace mucho tiempo en Génesis. Nuestras limitaciones son grandes porque somos imágenes hechas del polvo.

Me duele admitirlo, pero el sentido de autograndeza no se ve sólo fuera de la Iglesia. Aun los cristianos pierden la visión de cuán insignificantes son.

Visito muchas Iglesia diferentes pero un problema aparece en casi todas ellas. Todas tienen algunos miembros quienes creen estar por encima de los demás. Hemos escuchado muchas bromas acerca de los ministros quienes rehusan jubilarse hasta que haya una vacante en la Trinidad. Hemos visto cristianos ricos quienes controlan a la Iglesia con su dinero. Teólogos arrogantes quienes insisten en que todos deben pensar igual que ellos. La humildad difícilmente viene con naturalidad, aún para aquellos quienes conocen a Cristo. Tenemos algunas buenas ideas y siempre concluimos que nuestras opiniones son siempre las mejores. Reconocemos que Dios nos ha dado ciertos dones y pronto creemos que somos indispensables.

Aun nos elevamos sobre los que viven en nuestro hogares. A través de los años he visto la separación de muchas familias cristianas. Cada hogar tiene problemas con características propias pero la arrogancia es un problema que siempre se repite. "¡Se hará a mi manera o no se

hace!" nos gritamos el uno al otro. Aún en los hogares cristianos negamos que somos arcilla humilde.

Es muy fácil pensar que somos grandes. Es muy fácil creer que estamos por encima de los demás. Pero este mito será completamente borrado el día que muramos. ¿Piensa usted que el mundo va a notar su muerte? Piénselo bien. Pocas personas asistirán quizá a su servicio fúnebre y quizá las personas más cercanas a usted le extrañarán. Pero la Iglesia seguirá trabajando bien sin usted y la sociedad seguirá su rutina diaria. Puede ser que pensemos tener la grandeza de los dioses, pero este engaño terminará algún día para siempre.

Al estar buscando nuestra genuina autoimagen, debemos empezar por donde comienza la etiqueta de Dios, con un completo entendimiento de nuestra humilde condición. ¿Cómo es usted tentado a olvidar su estado humilde ante Dios? Todos luchamos contra este problema. ¿Cómo lucha usted con su propia importancia en casa, en el trabajo y en la Iglesia? Eche afuera esa arrogancia cada vez que se levante. Simplemente no está de acuerdo con lo que usted es. Sólo nos podemos entender verdaderamente cuando reconocemos que somos simples imágenes humildes de arcilla.

IMAGENES DIGNIFICADAS

Los seres humanos somos criaturas humildes, pero miremos nuestra etiqueta de nuevo. Somos imágenes, pero imágenes *de Dios* (Gn. 1:27). Dios no hizo a Adán y Eva parecidos a piedras, árboles o animales. Nada tan común estaba en su plan para nosotros. En cambio, Dios formó cuidadosamente al primer hombre y a la primera mujer para que fuesen a su imagen y semejanza. Él determinó hacernos criaturas de incomparable dignidad.

Esta parte del relato de Moisés, también representó una separación radical de las creencias comunes de su tiempo. En ese entonces, sólo los reyes tenían derecho a llamarse imágenes divinas. Los plebeyos y los campesinos no tenían tal valor; ellos no tenían importancia. Su destino era sufrir y morir por el bienestar de los reyes. Estas eran las creencias durante el terrible sufrimiento de Israel en Egipto. ¿Qué le dio a Faraón el derecho de sujetar a los Israelitas a una esclavitud tan cruel? ¿Cómo pudieron justificar los Egipcios su intento de destruir a los Judíos? La respuesta era muy simple para aquellos antiguos Egipcios. Los insignificantes pastores Israelitas no debían esperar ningún trato honorable. Ellos no eran dignos; no merecían ningún respeto. Faraón representaba la única y divina autoridad en la tierra.

Las palabras de Moisés en Génesis se oponen directamente a estas mentiras. Él claramente afirmó que todas las personas eran imágenes reales de Dios. Todos los descendientes de Adán y Eva poseen el mismo estado honorífico. Dios otorgó gran valor y dignidad no a unos pocos, sino a toda la raza humana.

El punto de vista de Moisés respecto a la dignidad universal del hombre también desafía la manera en que vemos a la gente hoy día. A todo nuestro alrededor hay personas que niegan el honor que Dios ordenó para los seres humanos. De la misma manera en que el mundo antiguo rechazó y despreció a la mayoría de la humanidad como cosa sin valor, los hombres y mujeres modernos también consideran a la raza humana como algo falto de honorabilidad.

Tan extraño como parezca, los estudiantes universitarios generalmente enfrenan puntos de vista de la humanidad excesivamente bajos por parte de los mismos maestros quienes los alientan a actuar como dioses. Recuerdo a mi maestro de biología presentando puntos de vista extremos de ambas partes. Él se burló de la religión tradicional y afirmó que nosotros debemos ser los amos de nuestros propios destinos. Sin embargo y aunque parezca contradictorio, él

también insistió en que la raza humana no es más que el resultado de una evolución al azar. La gente no es otra cosa más que lodo con suerte.

Los resultados de la depreciación del hombre son evidentes en todas partes. ¿Qué valor podemos darle al hombre si sólo es lodo con suerte? ¿Qué viene a ser entonces la moralidad y la libertad del hombre? Al llegar este punto de vista de la humanidad al hombre común, el resultado ha sido devastador; nosotros mismos nos privamos de cualquier vestigio de valor propio cada onza de sano honor se disipa. Como alguien dijo alguna vez, "Si no tenemos dignidad ¡Vivamos como nos venga en gana! Si no tenemos libertad; ¡arriba el libertinaje!" Agotados por sus vidas sin sentido y llenas de fracasos, los adolescentes se vuelven a las drogas y los adultos se esconden en sus botellas de licor. Muchos aún, toman el último paso del suicidio.

En el primer capítulo de Génesis, Moisés afirmó la dignidad de todos los seres humanos por dos razones. Primero, él quería que los Israelitas rechazaran los puntos de vista propagados por los Egipcios. Muchos de los lectores de Moisés habían olvidado cuán terrible había sido su vida en Egipto. Pero ahora él les recordaba que la política egipcia respecto a la cruel opresión era contraria a la realidad. Dios no dio nobleza a unos pocos; todos eran su imagen. Los Israelitas quienes servían en las casas egipcias, los que trabajaban en el campo y los que sufrían trabajando duro en los proyectos de construcción de Faraón fueron diseñados para ser dignos y debían ser tratado como tales.

Segundo, Moisés estaba enseñando a los Israelitas cómo debían tratar a las otras personas en el futuro. Él sabía cuán fácil era para el oprimido llegar a ser el opresor. Una vez que los Israelitas estuviesen establecidos en su patria, la tentación de maltratar al débil y al vulnerable iba a ser grande. Por ello, la ley de Moisés se centró mucho en las protección de las viudas, huérfanos y extranjeros (por ejemplo Dt. 14:29; 24:19-21). Maltratar a otros era contrario a los caminos de Dios. Ningún sistema de castas cruel debía tener influencia alguna entre el pueblo de Dios. Los sirvientes debían ser tratados honorablemente (Ex. 21:2-11). Los jueces no debían mostrar ningún favoritismo en beneficio de los ricos y poderosos (Ex. 23:6-9; Dt. 1:16-17). Todos, aún el rey, estaban bajo la ley de Dios (Dt. 17:14-20). Todas las personas debían ser tratadas con el honor que merecían como imágenes del Dios invisible.

El punto de vista bíblico respecto a la dignidad humana, se aplica a nuestro mundo moderno de las dos mismas maneras. Primero, nos ayuda a mirarnos a nosotros mismos como debemos. Debemos aprender a tratar con un mundo que constantemente ataca nuestro propio sentido de honor. No enfrentamos la antigua propaganda egipcia; pocas personas modernas creen que la dignidad radica en el linaje real. Hemos cambiado estas ideas obsoletas por ideales más democráticos. Pero el mundo no a dejado de decir que aún hay personas más valiosas que otras; simplemente han cambiado sus criterios.

Muchas personas conocen esta dura realidad desde sus años de adolescencia. "Detesto la escuela" me dijo un joven. "Todos se ríen de mí por el tipo de ropa que uso." Los adolescentes pueden ser crueles. Ellos buscan cualquier pretexto para ridiculizar y maltratar a otros.

Tristemente los adultos hacemos lo mismo. Determinamos el valor de las personas por sus ingresos económicos. Medimos la dignidad del hombre por sus posesiones. La educación, el aspecto físico y una buena carrera han venido a ser las medidas por las cuales determinamos el valor de los seres humanos.

La historia de la creación humana registrada por Moisés, ofrece buenas noticias a todos aquellos que no alcanzan a cumplir estas falsas medidas modernas. Nuestro valor no radica en las circunstancias externas. Dios, el Creador de todo, ha anunciado que nosotros somos su

imagen, imágenes reales en posesión de dignidad ordenada divinamente. No importa lo que los otros digan; somos valiosos porque somos creación especial de Dios. Rico o pobre, educado o inculto, atractivo o no, usted es la imagen de Dios.

Sorpresivamente, muchos cristianos tienen muy poco sentido del honor que poseen como imágenes de Dios. Nos miramos en el espejo todos los días y vemos a alguien que nos defrauda. Aprendemos a odiar nuestros errores y terminamos por odiarnos a nosotros mismos. Queremos ser humildes, pero perdemos todo el sentido de nuestra importancia.

Mírese nuevamente, Dios ha declarado que la persona en el espejo es su regia imagen. Usted no es perfecto -- eso es evidente. Pero siempre usted es valioso porque es imagen de Dios. A los ojos de Dios usted es tan valioso como cualquier rey o cualquier noble que haya vivido en la tierra. Deseche las mentiras del mundo y reconozca con júbilo la dignidad que Dios le ha otorgado.

Segundo, la perspectiva de Moisés también nos enseña cómo tratar a los demás. Los cristianos son tan culpables como el mundo en demostrar favoritismo. Los programas de nuestras Iglesias excluyen a ciertos grupos de personas. Ridiculizamos las costumbres de otras culturas y aún nos burlamos de nuestros hermanos creyentes que no viven conforme a nuestra idiosincrasia. El compromiso radical de la Biblia a la nobleza de todas las personas nos advierte que debemos abandonar estas ideas. Todas las personas merecen ser tratadas como honorables imágenes de Dios.

Quiero que cierre este libro por un momento. Vaya y busque a otra persona y estreche su mano. Aunque usted vea a un ser humano imperfecto y débil, dígame: "¡Hola, Su Majestad!" No lo diga en son de broma. Permita que su mirada y el tono de su voz muestren sinceridad. Cuando lo haga, quizá entienda lo que los lectores de Moisés sintieron cuando él les describió al primer hombre y a la primera mujer. Estos primeros esclavos se miraron el uno al otro y se dieron cuenta con asombro que eran del linaje real de Adán y Eva. Ellos poseían la dignidad de ser imágenes del Creador.

¡Cuán diferente sería el mundo si viviésemos con esta verdad! Las tensiones familiares desaparecerían, la intolerancia y la guerra también. Si nos miráramos los unos a los otros como Dios nos diseñó, el mundo sería radicalmente un lugar diferente.

Examínese con lo siguiente. ¿Qué pasa cuando está manejando su carro y de pronto alguien se atraviesa en su camino? ¿Qué dice usted mientras aplica los frenos rápidamente? ¿Acaso dice: "¡Mira eso!, Esta es la noble imagen de Dios?" Cuando está sentado en el avión y la mamá enfrente de usted no puede calmar el llanto de su bebé, ¿Acaso piensa: "¡Qué maravillosa imagen de Dios! ?" Por supuesto que no. Difícilmente podemos controlar nuestros pensamientos de ira en nuestras mentes. En lugar de darle honor a las imágenes de Dios, las maldecimos.

Cuando estaba en la Universidad, una mañana muy temprano al salir de la estación del metro me dirigí hacia el parque Harvard. Varios carro patrullas con sus luces azules encendidas se encontraban alrededor de la estatua de John Harvard. Al dirigirme hacia las patrullas, pude ver que alguien había rociado pintura verde sobre toda la estatua. Estuve allí por un momento fijándome en los daños y escuché a un oficial diciéndole al otro, "Estos muchachos no tienen ningún respeto por la escuela," dijo muy enojado, "Ni un poco de respeto."

¿Qué quería decir aquel oficial? Según él, la profanación a la estatua de John Harvard era una afrenta también para la misma Universidad. Un ataque a la imagen era un ataque también a la escuela que representaba.

De la misma manera, usted y yo debemos enfrentar la realidad, y considerar a las personas a nuestro alrededor como símbolos visibles de Dios en el mundo. Cuando deshonramos la imagen de Dios, deshonramos a Dios. Cuando injustamente atacamos su semejanza, lo atacamos a él. Las palabras de Santiago son muy adecuadas en este respecto: "Con ella (la lengua) bendecimos al Dios y Padre y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios. De una misma boca proceden bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así" (Stg 3:9-10).

Los padres deshonran a Dios cuando provocan y abusan de sus hijos. Los hijos desobedecen a su Creador cuando se rebelan contra sus padres. Esposos y esposas le faltan respeto a Dios cuando se faltan respeto entre ellos mismos.

Moisés dejó claro a Israel que Dios dio a cada humano un título de dignidad. ¿Cómo niega usted el honor que le pertenece? ¿En que maneras trata a otros con menos dignidad de la que se merecen como semejanza de Dios? Debemos tomar en serio la descripción que Dios hace de la raza humana. Somos imágenes de arcilla -- una poderosa lección de humildad -- pero también somos imágenes de Dios -- criaturas con un valor y dignidad maravillosos.

NUESTRA IMAGEN CAMBIANTE

En ocasiones encuentro viejas fotografías de mí mismo. Hace unos años no tenía barba; mi cabello era más largo y tenía menos canas. Cuando veo esas fotografías ahora, me cuesta creerlo. He cambiado en muchas maneras.

Como hemos visto, Moisés presenta un cuadro muy bien balanceado de la raza humana en el primer capítulo de Génesis. Pero su cuadro presenta una seria pregunta. Si somos semejanza de Dios, humildes pero también dignos, ¿Por qué luchamos tanto con nuestra propia degradación y nuestra propia exaltación? ¿Por qué nuestras vidas parecen contradecir la manera en que Dios nos diseñó desde el principio? La respuesta radica en el hecho de que la imagen de Dios ha tenido muchos cambios. El curso de la historia humana ha dejado marcas indelebles en todos los aspectos de nuestra existencia. Para entender lo que ahora somos, debemos mirar no sólo nuestro estado original sino también los cambios que han ocurrido desde entonces.

En este libro, veremos en detalle el desarrollo histórico de la imagen de Dios. Cada capítulo se enfocará en una fase particular de la historia humana y explorará la forma en que nos afectó en aquel tiempo. En este punto de nuestro estudio, sin embargo, será provechoso tener un breve panorama de este desarrollo.

En el capítulo dos exploraremos más acerca de Adán y Eva en el Jardín del Edén. Dios no solamente les dio a nuestros primeros padres una etiqueta reveladora, sino también les dio una descripción maravillosa de su labor. El ordenó a Adán y a Eva que llenaran el mundo con otras imágenes de Dios y que gobernaran sobre la creación como sus viceregentes. Esta doble responsabilidad vino a ser una marca distintiva de la dignidad humana a través de la historia.

El Capítulo tres tratará sobre el terrible día cuando la humanidad cayó en el pecado. Adán y Eva no estaban satisfechos con la posición que Dios les había dado en la creación. Ellos violaron su relación con El al rebelarse en contra de su mandamiento. En respuesta, el Creador puso una maldición sobre nuestros padres que llevó a toda la humanidad hacia la futilidad y a la muerte. La imagen real de Dios cayó en una severa inmovilidad la cual experimentamos hasta nuestros días.

Sin embargo, como veremos posteriormente, Dios no permitió que su imagen permaneciera bajo esta maldición por siempre. El tenía un plan para redimirnos. Este plan se fue

desarrollando lentamente a través de la historia de la redención como nos muestra la Biblia. En diferentes épocas, Dios dio diversos dones y responsabilidades a su pueblo. Paso a paso hizo posible que sus imágenes se alejaran de la vanidad del pecado y se acercaran a su diseño original para la humanidad. En los capítulos restantes, trataremos la historia de la redención. Podríamos tratar sobre cualquier punto a lo largo de la historia, pero nos concentraremos en cinco grandes períodos durante los cuales Dios entró en una relación especial con su pueblo.

Después de la Caída, Dios bendijo abundantemente a la humanidad en los días de Noé (Capítulo 4). El pecado y la violencia habían corrompido tanto a la tierra que Dios interrumpió radicalmente la historia. El destruyó a la humanidad corrupta con el Diluvio, formó un nuevo orden y comisionó a sus imágenes redimidas a servir en ese mundo nuevo.

En los días de Abraham, Dios escogió bendecir a una familia, la raza judía, con un gran honor (Capítulo 5). Él les reveló las tres cosas que todo humano debía cumplir para tener completa restauración a su imagen. Dios enseñó a Abraham a confiar en el poder divino, a esperar pacientemente y a perseverar en fidelidad.

En los tiempo de Moisés, Dios movió a la familia de Abraham, hacia otro paso para la completa restauración (Capítulo 6). El convirtió al pueblo de Israel en un ejército listo para tomar la Tierra Prometida. Proveyó una mejor apreciación de la dignidad para sus imágenes redimidas dándoles su propósito, guía y presencia.

La época de David también es importante en el plan de Dios para la redención (Capítulo 7). Fue en esta época cuando Dios estableció a Israel como un magnífico reino. David y el pueblo fueron abundantemente bendecidos con grandes riquezas y pudieron probar por adelantado su dignidad como imágenes restauradas de Dios.

Finalmente, vemos que la imagen de Dios es completamente restaurada sólo a través de Cristo (Capítulos 8, 9 y 10). Nuestro Padre Celestial mandó a Jesús para ser el Salvador de todas la naciones. Él es "la imagen de Dios" (2 Cor 4:4), y todos los que confían en él son "conforme a la imagen del Hijo (de Dios)" (Rom. 8:29). Más allá de esto, cuando Cristo vuelva en gloria, "seremos semejantes a El" (1 Jn 3:2) y "reinaremos con El" (2 Tim 2:12). Por la gran obra de Cristo, la imagen de Dios se completa otra vez.

Muchos cambios han acontecido a la raza humana a través de la historia. Para entender quiénes somos, debemos tener en cuenta estos acontecimientos. Cuando entendemos lo que nos hemos hecho a nosotros mismo, lo que Dios ha hecho por nosotros y lo que hará por nosotros, vemos claramente lo que significa ser humano.

CONCLUSION

Hay personas a todo nuestro alrededor confundidas acerca de quiénes son. En esta confusión dudamos entre auto-degradación y auto-importancia. La Escritura sin embargo, provee un retrato equilibrado de los seres humanos. Somos imágenes de arcilla, pero imágenes diseñadas para reflejar a nuestro Creador. Desde el punto de vista de esta perspectiva equilibrada, vivimos con humildad y dignidad. El mundo nos ofrece muchas autoimágenes falsas, pero la Escritura nos provee de una autoimagen digna de buscarse.

PREGUNTAS DE REPASO

1. ¿Cuáles autoimágenes falsas ha sostenido la gente moderna? ¿Cómo estas autoimágenes falsas van a los extremos?
2. ¿Qué significa ser la *imagen* de Dios? ¿Cómo el recordar este punto de nuestro título nos mantiene en la humildad?
3. ¿Qué significa ser imagen *de Dios*? ¿Cómo el recordar este punto de nuestro título nos da dignidad? ¿Cómo ha cambiado la imagen de Dios a través de la historia? ¿Cómo perdimos nuestra dignidad original? ¿Cuáles son los cinco pasos principales a través de los cuales Dios a redimido su imagen?

EJERCICIOS DE DISCUSION

1. ¿Por qué este Capítulo se titula "Encontrando una autoimagen"?
2. Hojee cualquier tema en alguna revista famosa. ¿Qué perspectiva de la raza humana propone? ¿Exalta o degrada a la humanidad? Explique su respuesta.
3. Haga una lista de 5 cosas en su vida que generalmente atacan su sentido de dignidad. ¿Cómo puede la descripción bíblica de la dignidad ayudarte a vencer estos ataques?
4. Haga una lista de 5 cosas en su vida que le llevan a pensar demasiado alto acerca de usted mismo. ¿Cómo puede la descripción bíblica de la humildad ayudarle a vencer estas tentaciones?